

El romance de la Vía Láctea

Lafcadio Hearn

Traducción de
Hiram Ruvalcaba

Colección
**COLORES
PRIMARIOS**

COLECCIÓN
COLORES PRIMARIOS

ASOCIACIÓN ESCRITORES DE MÉXICO, AC.

COORDINACIÓN EDITORIAL
Yaxkin Melchy Ramos

PRODUCCIÓN EDITORIAL
Mariana Rodríguez Espinoza

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN

Andrés González
César Cortés
Cynthia Franco
Dalia López
Jesús Urbina
Jocelyn Pantoja
Karloz Atl
Mariana Rodríguez
Manuel de J. Jiménez
Obed González
René Crespo
Roberto Luviano
Yaxkin Melchy

Selección de
Hiram Ruvalcaba

COLECCIÓN COLORES PRIMARIOS

Con la colección de poesía del mundo Colores Primarios la Asociación de Escritores de México A.C. archivó por quinto año el **Programa de Apoyo al Lector**. Dicho programa tiene como objetivos principales fomentar el libre acceso a la lectura y promover la escritura.

PRIMERA EDICIÓN: octubre 2018

©D.R. para la formación, diagramación e ilustraciones:

Asociación de Escritores de México A.C.

©D.R. para la traducción: Hiram Ruvalcaba

La colección Colores Primarios ha sido creada con un fin estrictamente cultural, en el marco del respeto a los derechos humanos, en particular atención a las personas con discapacidad, adultos mayores y grupos sociales vulnerables. Los libros son de distribución gratuita. Está prohibida su venta o lucro que se pudiera generar con la misma. Lo anterior en los términos del artículo 148 de la Ley Federal de Derechos de Autor.

El libro *El romance de la Vía Láctea* de la colección Colores Primarios es un proyecto realizado gracias al apoyo del Gobierno de la Ciudad de México mediante su Secretaría de Cultura por un convenio de colaboración firmado durante el 2017 con la Asociación de Escritores de México AC.

Impreso y hecho en México

CUIDADO DE LA EDICIÓN: Yaxkin Melchy Ramos e Hiram Ruvalcaba

DIAGRAMACIÓN: Eder Gabriel Resendiz

DISEÑO DE PORTADA: Eder Gabriel Resendiz

TRADUCCIÓN: Hiram Ruvalcaba

SELECCIÓN DE POEMAS DEL TÍTULO ORIGINAL: *The romance of the Milky Way and other studies & amp*, Houghton Mifflin & Company, Nueva York, 1905.

*A Milico,
para que contemple conmigo
las estrellas a lo lejos*

Antiguamente se decía: “El Río de los Cielos es el fantasma de las aguas”. Lo contemplamos cambiando su curso durante el año, tal y como lo hacen a veces los ríos en la tierra.

Un sabio de la antigüedad

EL ROMANCE DE LA VÍA LÁCTEA

Entre el cúmulo de fascinantes festivales que se celebraban en el Japón antiguo, el más romántico es el festival dedicado a Tanabata sama, la Dama Tejedora de la Vía Láctea. En las grandes ciudades se le presta poca atención a su festejo, y en Tokio casi se le ha olvidado. Pero en muchos distritos lejanos, e incluso en aldeas cercanas a la capital, se sigue celebrando, aunque discretamente. Si tienen la oportunidad de visitar un viejo pueblo o una aldea rural, en el séptimo día del séptimo mes (de acuerdo al calendario antiguo), probablemente noten muchos trozos de bambú recién cortados que se colocan en los techos de las casas o que se plantan en el suelo junto a ellas; cada bambú lleva pegadas algunas tiras de papel de colores. En algunas aldeas muy pobres, probablemente encuentren que estos papeles son blancos, o monocromáticos; no obstante, la regla general es que los papeles deben ser de cinco o siete colores distintos. Azul, verde, rojo, amarillo y blanco son los tintes comúnmente empleados. Todos estos papeles se inscriben con breves poemas en honor a Tanabata y su esposo Hikoboshi. Después del festival, los bambúes se retiran y se arrojan en la corriente más cercana, junto con los poemas que llevan adheridos.

Para entender el romance de este antiguo festival, deben conocer la leyenda de las dos divinidades astrales a las cuales, incluso en la residencia imperial, se dedican las ofrendas en el séptimo día del séptimo mes. La leyenda es de origen chino. La versión popular japonesa es la siguiente:

El gran dios del firmamento tenía una adorable hija, Tanabata tsume, que pasaba sus días tejiendo prendas para su augusto padre. Se regocijaba en su labor, y pensaba que no había placer más grande que el de vivir tejiendo. Pero un día, cuando se sentó ante su telar en la puerta de su residencia celestial, vio pasar a un apuesto y joven campesino que conducía un buey, y se enamoró de él. Su augusto padre, adivinando su deseo secreto, le regaló la juventud para que tomara marido. Pero los amantes se tuvieron un amor tan

grande que empezaron a descuidar su deber hacia el dios del firmamento: el sonido del telar ya no se escuchaba y el buey deambulaba, desatendido, por los campos del cielo. Esto causó molestia al gran dios, quien terminó separando a la pareja. Los sentenciaron a vivir apartados a partir de entonces, separados por el Río del Cielo. Sólo se les permitía encontrarse una vez al año, en la séptima noche de la séptima luna. En esa noche —si el cielo estaba claro— los pájaros del cielo hacían, con sus cuerpos y alas, un puente que cruzara la corriente estelar; y por medio de este puente los amantes podían reencontrarse. Pero si hay lluvia, el Río del Cielo crece, y se vuelve tan amplio que el puente no puede formarse. Así que los esposos no siempre pueden encontrarse, incluso en la séptima noche del séptimo mes. Puede ocurrir, a causa del mal tiempo, que no puedan verse durante tres o cuatro años seguidos. Pero su amor se mantiene inmortalmente joven y eternamente paciente, y continúan cumpliendo sus respectivas labores cada día sin falta, felices en la esperanza de reencontrarse en la séptima noche del séptimo mes.

De acuerdo con la antigua tradición china, la Vía Láctea era un río luminoso —el Río del Cielo, la Corriente Plateada—. Se ha establecido por escritores occidentales que Tanabata, la Dama Tejedora, es una estrella de la constelación Lyra; y que el Pastor, su amado, una estrella de Aquila, en el lado opuesto de la galaxia. Pero sería más correcto decir que ambas se representan, para la imaginación del lejano oriente, por grupos de estrellas. Un viejo libro japonés trata el tema con clara simpleza: “Kengyū (el Conductor del Buey) está en el lado occidental del Río Celeste, está representado por una fila de tres estrellas, y se asemeja a un hombre que lleva a un buey. Shokujo (la Dama Tejedora) está en el lado oriental del Río Celeste: hay tres estrellas colocadas de tal modo que parecen la figura de una mujer sentada ante su telar... El primero preside todas las cosas que se relacionan con la agricultura; la última, aquellas que se relacionan con el trabajo de las mujeres”.

En un viejo libro llamado *Zatsuwa-Shin*, está escrito que estas deidades eran de origen terrestre. Cuando estaban en nuestro mundo eran marido y mujer, y vivían en China. El esposo se llamaba Isshi y la mujer Hakuyō. Ambos reverenciaban la Luna con particular devoción. Cada noche despejada, con la caída del sol, esperaban con ansiedad para verla surgir. Y cuando empezaba a hundirse en el horizonte, subían la colina que se hallaba cerca de su casa para así contemplar su rostro durante el mayor tiempo posible. Entonces, cuando por fin desaparecía de su vista, lamentaban juntos su partida. A la edad de noventa y nueve años, la esposa murió: su espíritu ascendió a los cielos montado en una urraca, y ahí se convirtió en una estrella. El esposo, quien tenía entonces ciento tres años, buscó consuelo para su pérdida en la contemplación de la Luna. Y cuando le daba la bienvenida en su ascenso y lloraba al verla ocultarse, le parecía aún que su esposa se encontraba junto a él.

Una noche de verano, Hakuyō —ahora eternamente hermosa y joven— descendió de los cielos sobre su urraca para visitar a su esposo, y él estuvo muy feliz por aquella visita. No obstante, a partir de ese momento no pudo pensar en otra cosa que no fuera la bendición de volverse una estrella y unirse a Hakuyō más allá del Río del Cielo. Finalmente él también ascendió al firmamento montado sobre un cuervo, y ahí se volvió un dios estelar. Pero no pudo unirse a Hakuyō inmediatamente, como había esperado, pues entre el lugar donde se estableció y aquél donde estaba ella fluía el Río del Cielo, y no se le permitía a ninguno cruzar la corriente, dado que el Maestro del Cielo (*Ten-Tei*) se bañaba todos los días en sus aguas. Además de esto, no había ningún puente. Pero un día de cada año —el séptimo día del séptimo mes— se les permitía encontrarse. El Maestro del Cielo iba siempre ese día al Zenhōdo, para escuchar la prédica de la Ley de Buda; en ese momento las urracas y los cuervos hacían, con sus cuerpos inmóviles y sus alas abiertas, un puente sobre la Corriente Celestial; y Hakuyō cruzaba ese puente para encontrarse con su esposo.

No cabe duda de que el festival japonés llamado Tanabata era originalmente idéntico al festival de la Diosa Tejedora china, Tchi-Niu. El festejo japonés parece haber sido una celebración principalmente femenina, en su periodo más antiguo. Y los caracteres con los cuales se escribe la palabra Tanabata significan “una chica tejedora”. Pero dado que las dos deidades estelares eran festejadas en el séptimo día del séptimo mes, algunos eruditos japoneses no han quedado satisfechos con la explicación común del nombre, y han establecido que originalmente estaba compuesto por la palabra *tané* (semilla, o grano), y por *hata* (telar). Aquellos que aceptan esta etimología hacen que el apelativo Tanabata-sama sea plural en vez de singular, y lo traducen como “las deidades del grano y del telar” —esto es, aquellas que presiden sobre la agricultura y el tejido—. En antiguas pinturas japonesas, los dioses estelares se representan de acuerdo a esta concepción de sus respectivos atributos: Hikoboshi se manifiesta como un joven campesino que lleva a un buey a beber en el Río Celeste, en el extremo opuesto de donde aparece Orihime (Tanabata), tejiendo en su telar. El traje de ambos tiene el estilo chino, y es muy probable que las primeras representaciones pictóricas de estas divinidades hayan sido copiadas de algún original chino.

En la más antigua colección de poesía japonesa —el *Manyōshū*, que se escribió en el 760 a. D.— la divinidad masculina se llama, usualmente, Hikoboshi, y la femenina Tanabata tsume; pero en periodos posteriores a ambos se les llama Tanabata. En Izumo a la divinidad masculina suele llamársele O-Tanabata-sama, y a la femenina Me-Tanabata-sama. A ambos se les conoce aún por varios nombres. Al hombre se le llama Kaiboshi así como Hikoboshi o Kengyū; mientras que a la mujer se le llama Asagao-hime¹ (“Princesa de la Gloria Matinal”), Ito-ori-hime (“Princesa Tejedora de Hilos”), Momoko-hime (“Princesa Infante del Durazno”), Takimono-hime (“Princesa del Incienso”), y Sasagani-hime (“Princesa Araña”). Algunos de estos nombres son difíciles de explicar; especialmente el último, que nos recuerda a la

leyenda griega de Aracne. Probablemente el mito griego y la historia china no tienen nada en común, pero en los viejos libros chinos está registrado un hecho curioso que podría sugerir una relación. En el tiempo del emperador Ming Hwang (a quien los japoneses llaman Gensō), las damas de la corte tenían la costumbre, en el séptimo día del séptimo mes, de atrapar arañas e introducirlas en una caja de incienso con el propósito de realizar adivinaciones. En la mañana del octavo día se abría la caja, y si las arañas habían tejido densas telarañas la premonición era buena. Pero si se habían mantenido ociosas la premonición era mala.

Hay una historia que cuenta que, hace muchos años, una hermosa mujer visitó la morada de un granjero en las montañas de Izumo, y le enseñó a la única hija de aquella familia una técnica del tejido que no se había visto nunca. Una noche la hermosa visitante se desvaneció, y la gente supo que habían conocido a la Dama Tejedora del Cielo. La hija del granjero se hizo de renombre gracias a sus habilidades en el telar. Pero nunca llegó a casarse, porque había sido la servidora de Tanabata sama.

También hay una historia china —encantadoramente vaga— sobre un hombre que una vez visitó, sin saberlo, la Tierra Celestial. Había observado que cada año, durante el octavo mes, una balsa de madera preciosa llegaba flotando a la ribera donde él vivía, y estaba deseoso de saber de dónde provenía aquella madera. Así que llenó un bote con suficientes provisiones para un viaje de dos años, y navegó en la dirección desde la cual solían fluir las balsas. Por meses y meses navegó sobre un mar siempre en calma, y al final llegó a una costa plácida, en donde crecían bellísimos árboles. Atracó su bote, y avanzó solo al interior de aquella tierra desconocida, hasta que llegó al banco de un río cuyas aguas brillaban como si fueran de plata. Al otro extremo de la corriente vio un pabellón, y en el pabellón a una hermosa mujer sentada que tejía: blanca como la luz de la luna, todo a su alrededor irradiaba. Pronto vio también a un hermoso campesino que se acercaba, llevando un buey hacia el agua. Le pidió al joven campesino que le dijera el

nombre de aquel lugar y aquel país, pero el joven pareció disgustarse con la pregunta, y le respondió en un tono severo: “Si quieres saber el nombre de este sitio, regresa por donde viniste y pregunta a Gen-Kum-Pei”. Así que el viajero, asustado, se apresuró hacia su bote y regresó a China. Ahí buscó al sabio Gen-Kum-Pei, a quien le narró su aventura. Gen-Kum-Pei aplaudió maravillado y exclamó: “¡Así que fuiste tú! El séptimo día del séptimo mes me quedé contemplando los cielos y vi que el Pastor y la Tejedora estaban a punto de encontrarse; pero en medio de ellos estaba una nueva estrella, y creí que se trataba de una Estrella Huésped. ¡Hombre afortunado! ¡Estabas en el Río del Cielo, y miraste directamente el rostro de la Dama Tejedora!...”.

Se dice que cualquiera que tenga buenos ojos puede observar el encuentro entre el Pastor y la Tejedora, pues siempre que éste ocurre ambas estrellas arden con cinco diferentes colores. Es por ello que las ofrendas de cinco colores se hacen a las deidades del Tanabata, y por la misma razón los poemas que se componen en su alabanza se escriben en el papel con cinco diferentes tintas.

Pero, como he dicho antes, la pareja sólo puede encontrarse cuando hay buen clima. Si hubiera la más mínima lluvia en la séptima noche, el Río del Cielo se elevará, y los amantes deberán esperar todavía un año más.

Cuando el cielo está despejado en la séptima noche, los amantes son afortunados; y sus estrellas pueden observarse resplandeciendo con primor. Si la estrella Kengyū resplandece, habrá buena cosecha de arroz en el otoño. Si la estrella Shokujo se ve más brillante de lo normal, será una época próspera para las tejedoras, y para cualquier otra industria femenina.

En el viejo Japón se suponía comúnmente que el encuentro de la pareja significaba buena fortuna para los mortales. Incluso ahora, en muchas partes del país, los niños cantan unos versos en la noche del festival de Tanabata —*Tenki ni nari* (“Oh clima, ¡sé calmó!”). En la provincia de Iga los jóvenes campesinos también cantan una canción burlesca en la hora en que los amantes han de encontrarse:

*Tanabata ya!
Amari isogaba,
Korobubeshi!*²

Pero en la provincia de Izumo, que se encuentra en un distrito muy lluvioso, se difunde la creencia contraria, pues se cree que si el cielo está despejado en el séptimo día del séptimo mes, habrá gran infortunio. La explicación local de esta creencia es que si las estrellas pueden encontrarse, nacerán de ellas muchas deidades malignas que causaran aflicción a la tierra con inundaciones y otras calamidades.

* * *

La primera vez que el festival de Tanabata se celebró fue en el séptimo día del séptimo mes de Tembyō Shōhō (A.D. 755). Quizás el origen chino de las divinidades de Tanabata se deba al hecho de que su adoración pública nunca fue representada en muchos templos.

Sólo he podido encontrar el registro de un templo dedicado a ellos, llamado el Tanabata-jinja, que se encontraba en una aldea llamada Hoshiai-mura, en la provincia de Owari, y que estaba rodeado por una arboleda llamada Tanabata-mori.

Sin embargo, incluso antes de Tembyō Shōhō, parece que la leyenda de la Dama Tejedora era muy conocida en Japón, pues está registrado que en la séptima noche del séptimo año de Yōrō (A.D. 723) el poeta Yamagami no Okura compuso la canción:

*Amanogawa,
Ai-muki tachite,
Waga koishi
Kimi kimasu nari —
Himo-toki makina!*

[Ya viene, mi tan añorado señor, a quien he estado esperando aquí, en el banco del Río del Cielo... ¡El momento de aflojar mi faja se acerca!]

Parece que el festival de Tanabata se estableció en Japón hace 1150 años, como un festival exclusivo de la Corte Imperial, de acuerdo con el precedente chino. Subsecuentemente, la nobleza y las clases militares en todas partes siguieron el ejemplo imperial, y la costumbre de celebrar el *Hoshi-matsuri* o el Festival de las Estrellas —como se le denomina popularmente— se esparció gradualmente hacia todas las clases, hasta que finalmente el séptimo día del séptimo mes se volvió, en todos los sentidos, una festividad nacional. Pero el estilo de la celebración varió considerablemente en diferentes eras y en diferentes provincias.

Las ceremonias de la Corte Imperial eran de carácter sumamente elaborado: una descripción completa de éstas se reproduce en el *Kōji Kongen*, acompañado de ilustraciones explicativas. En la noche del séptimo día del séptimo mes, se colocaban esteras en el ala este de la porción del Palacio Imperial llamada Seiryōden, y sobre estas esteras se colocaban cuatro mesas de ofrendas a las deidades estelares. A un costado de las ofrendas de comida tradicionales, se colocaba licor de arroz sobre las mesas, incienso, vasijas de laca roja llenas de flores, un arpa y una flauta, así como una aguja de cinco ojos, hilada con hilos de cinco colores distintos. Lámparas de aceite de laca negra se colocaban junto a las mesas, para iluminar el festín. En otra parte del terreno se colocaba una tina de agua para reflejar la luz de las estrellas de Tanabata; y las damas de la Casa Imperial intentaban tejer un hilo a través del reflejo. Aquella que lo lograra sería muy afortunada el año siguiente.

La nobleza de la corte (*Kuge*) estaba obligada a realizar ciertas ofrendas a la Casa Imperial el día del festival. La naturaleza de estas ofrendas, así como su presentación, estaban definidas por decreto. Se presentaban en palacio sobre una bandeja, cargada por

una dama de rango cubierta con un velo, en un vestido ceremonial. Sobre ella, cubriéndola conforme caminaba, un sirviente cargaba un gran paraguas rojo. En la bandeja se colocaban siete *tanzaku* (largas tiras de papel finamente entintado para la escritura de poemas), siete hojas de *kudzu*³; siete piedras de tinta; siete cuerdas de *sōmen* (una especie de vermicelli); catorce pinceles para escribir; y un puñado de hojas de batata recogidas durante la noche, bañadas por una gruesa capa de rocío. En los terrenos de palacio la ceremonia empezaba a la Hora del Tigre —4 a.m.—. Entonces se lavaban las piedras de tinta con cuidado —antes de preparar la tinta para escribir poemas en reverencia a las deidades estelares—, y cada una se colocaba sobre una hoja de *kudzu*. Un ramo de hojas de batata humedecidas se colocaba sobre cada piedra de tinta y, en lugar de agua, se utiliza el rocío para preparar la tinta para escribir. Al parecer toda la ceremonia se copió de aquellas en boga en la corte china en los tiempos del Emperador Ming-Hwang.

No fue sino hasta el tiempo del Shogunato Tokugawa que el Tanabata se convirtió verdaderamente en una festividad nacional. Y la costumbre de pegar *tanzaku* de diferentes colores a los tallos de bambú recién cortados para celebrar la ocasión data tan sólo de la era Bunsei (1818). Antes, los *tanzaku* se hacían con un papel de mucha calidad, y por ello las viejas ceremonias aristocráticas eran tan elaboradas como caras. Pero en el tiempo del Shogunato Tokugawa empezó a manufacturarse un papel multicolor a un precio muy bajo y la ceremonia pronto asumió una forma barata, que incluso las clases más pobres podían emular.

Las costumbres populares relacionadas con el festival variaban de acuerdo con la localidad. Aquellos de Izumo —donde todas las clases sociales, desde los samurái hasta el común de la gente, celebraban el festival de la misma manera— solían ser particularmente interesantes, y un breve recuento de ellos sugeriría algo sobre los felices aspectos de la vida en el periodo feudal. A la Hora del Tigre, en la séptima noche del séptimo mes, todos se levantaban y empezaban a lavar las piedras de tinta y los pinceles para escribir.

Entonces, en el jardín del hogar, se recolectaba rocío sobre hojas de batata. Este rocío recibía el nombre *Amanogawa no Suzuki* (“gotas del Río del Cielo”), y se empleaba para hacer tinta fresca con la que se escribían los poemas que serían suspendidos de los bambúes en el jardín. Era común, durante el festival de Tanabata, que los amigos se regalaran nuevas piedras de tinta entre ellos. Y si había nuevas piedras de tinta en la casa, la tinta fresca se preparaba en éstas. Entonces cada miembro de la familia escribía poemas. Los adultos componían versos, de acuerdo con su habilidad, en alabanza a las deidades estelares; y los niños también escribían un dictado o trataban de improvisar. Uno de los padres o de los hermanos mayores guiaba las manos de aquellos que eran demasiado pequeños como para usar el pincel de escritura sin ayuda, de manera que pudieran formar en un *tanzaku* el carácter de una sola palabra o frase relacionada con el festival —tales como “Amanogawa” o “Tanabata” o “Kasasagi no Hashi” (el Puente de las Urracas)—. En el jardín se plantaban dos bambúes recién cortados, con sus ramas y hojas enteras -un bambú macho (*otoko-dake*) y un bambú hembra (*onna-dake*). Se colocaban a unos seis pies de distancia, y en un cordel extendido de uno al otro se suspendían tiritas de papel de cinco colores, y madejas de hilo de cinco colores. Las tiritas de papel representan las ropas (*kimono*). Los *tanzaku* se ataban a las hojas y ramas de los bambúes, en las cuales estaban escritos los poemas de cada miembro de la familia. Y sobre una mesa, colocado entre los bambúes, o ante ellos, se colocaban vasijas con varias ofrendas para las deidades estelares —frutas, *sōmen*, vino de arroz, y vegetales de diferentes tipos, tales como pepinos y sandías.

Pero la costumbre más curiosa de Izumo relacionada con el festival era el *Nemu-nagashi*, o la ceremonia para “Desvanecer los Sueños”. Antes del fin de la primera luz de la mañana los jóvenes solían dirigirse a algún arroyo, cargando con ellos puñados de hojas de *nemuri* y hojas de frijol entremezcladas. Cuando alcanzaban el riachuelo, lanzaban sus puñados de hojas en la corriente, entonando una pequeña canción:

Nemu wa, nagare yo!
Mame no ha wa, tomare!

Los versos pueden entenderse de dos maneras: porque la palabra *nemu* puede tomar el significado ya sea de *nemuri* (dormir) o de *nemuri-gi* o *nemunoki*, la “planta de sueño” (mimosa); por su parte, las sílabas *mame*, escritas en *kana*, pueden significar ya sea “frijol” o “actividad” o “fuerza”, “vigor”, “salud”, etcétera. Pero la ceremonia era simbólica, y el significado pretendido de la canción era:

Somnolencia, ¡desvanécete!
Hojas de vigor, ¡permanezcan!

Después de esto, todos los jóvenes saltaban al agua para bañarse o nadar, como muestra de su resolución para abandonar el ocio durante el año que iniciaba, y para mantener un vigoroso espíritu de esfuerzo.

No obstante, fue probablemente en Edo (ahora Tokio) en donde el festival de Tanabata asumió sus aspectos más pintorescos. Durante los dos días que duraba la celebración —el sexto y el séptimo del séptimo mes—, la ciudad solía tener la apariencia de un vasto huerto de bambúes. Bambúes frescos, con poemas pegados a ellos, se erigían sobre los techos de las casas. En esos días, los campesinos podían hacer un buen negocio con los bambúes, que solían traer al pueblo en cientos de carretadas para usarlos en el festival.

Otra cualidad del festival de Edo era la procesión infantil, en la cual los bambúes, con los poemas pegados en ellos, se transportaban a través de la ciudad. En cada uno de éstos se ajustaba una placa roja en donde se escribían, en caracteres chinos, los nombres de las estrellas de Tanabata.

Pero casi en todas partes, bajo el régimen Tokugawa, el festival Tanabata solía ser una festividad alegre para las personas

jóvenes de todas las clases —una festividad que empezaba con una exhibición de linternas antes del amanecer, que bien podía durar hasta la noche siguiente—. En ese día, los chicos y las chicas se vestían lo mejor que podían, y realizaban una visita ceremonial a los amigos y vecinos.

La luna del séptimo mes solía llamarse *Tanabata-tsuki*, o “La Luna de Tanabata”. También se le llamaba *Fumi-tsuki*, o “La Luna Literaria”, porque durante el séptimo mes, en todas partes, se componían poemas en alabanza a los Amantes Celestiales.

* * *

Creo que a mis lectores podría interesarles la siguiente selección de antiguos poemas japoneses que tratan sobre la leyenda de Tanabata. Todos son del *Manyōshū*. El *Manyōshū*, o “Reunión de las Diez mil Hojas”, es una vasta colección de poemas compuestos antes de la mitad del siglo ocho. Se compiló por orden imperial, y se completó en los albores del siglo nueve. El número de poemas que contiene es cercano a los cuatro mil; algunos son “poemas largos” (*naga-uta*), pero la gran mayoría son *tanka*, o composiciones limitadas a treinta y un sílabas, y los autores eran gente de la corte o altos oficiales. Los primeros once *tanka* que se traducen a continuación los compuso Yamagami no Okura, quien fue gobernador de la provincia de Chikuzen hace más de mil cien años. Su fama como poeta está bien merecida, pues no poco de su trabajo soportaría la comparación con los más finos epigramas de las antologías griegas. Los siguientes versos, acerca de la muerte de su pequeño hijo Furubi, pueden servir como ejemplo:

Wakakereba
Nichi-yuki shiraji
Mahi wa semu
Shitabe no tsukahi
Ohite-tohorase

[Como es tan pequeño, no conocerá el camino. Pero voy a sobornar al mensajero del Inframundo, y le suplicaré diciendo: “Por favor, carga a este pequeño sobre tu espalda durante el trayecto”.]

Ochocientos años antes, el poeta griego Diodoro Zona, de Sardis, había escrito:

“Tú, que conduces hacia el Hades el bote de los muertos a través de este lago de cañaverales, brinda tu mano, oscuro Caronte, al hijo de Kinyras, cuando suba por la escalera de la barca, y recíbelo. Pues sus sandalias pueden hacer que se resbale, y teme posar sus pies desnudos en las arenas de la costa.”

Pero el epigrama de Diodoro tan sólo se inspiraba en un mito, pues el “hijo de Kinyras” no era otro que Adonis, mientras que los versos de Okura nos expresan el lamento del corazón de un padre.

Aunque la leyenda del Tanabata surgió originalmente en China, el lector no encontrará nada de carácter chino en las siguientes composiciones. Representan la vieja poesía clásica en su más pura manifestación, libre de toda influencia externa; igualmente, nos sugieren mucho sobre las condiciones de la vida y el pensamiento en Japón hace mil doscientos años. Sin olvidar que se escribieron antes de que cualquier literatura europea moderna hubiera tomado forma, es sorprendente descubrir lo poco que ha cambiado en Japón la lengua escrita con el curso de tantos siglos. Si disculpa algunas palabras obsoletas, y ligeros cambios en la pronunciación, el lector japonés de hoy puede disfrutar de estas producciones antiguas de la musa nativa, con tan poca dificultad como tiene el lector inglés al estudiar a los poetas de la era Isabelina. Más allá de esto, el refinamiento y el encanto simple de las composiciones del *Manyōshū* nunca han sido superados, y rara vez alcanzados, por los poetas japoneses posteriores.

En cuanto a los cuarenta *tanka* que he traducido⁴, me parece que su mayor atracción reside en lo que nos revelan de la naturaleza humana de sus autores. Tanabata tsume aún representa para nosotros a la esposa japonesa, una amante devota; Hikoboshi aparece sin el aura luminosa de la divinidad, sino como el joven esposo japonés del sexto o séptimo siglos, antes de que la convención ética china empezara a ejercer sus restricciones sobre la vida y la literatura. Además, estos poemas nos interesan por la expresión de la atracción temprana por la belleza natural. En ellos encontramos el escenario y las estaciones de Japón transportadas al Plano Azul del Alto Cielo —la Corriente Celestial con sus rápidos y sus bajíos, sus súbitas subidas y sus clamores dentro de su fondo de piedra, y con sus pastos acuáticos doblándose con el viento del otoño, bien podría equipararse al mismo Kamogawa—; y la neblina que deambula por su costa es la misma de Arashiyama. El bote de Hikoboshi, impulsado por un solo remo que se mueve sobre una clavija de madera, aún no es obsoleto, y en muchas barcazas en las zonas rurales puede verse todavía el *hiki-fune* en el cual Tanabata tsume rogaba a su esposo que cruzara en una noche de tormenta —una gran balsa plana que atravesaba la corriente con ayuda de unos cables—. Y solteras y esposas aún se sientan en sus porches en las aldeas campestres, en los placenteros días de otoño, para tejer como tejó Tanabata tsume en honor a su señor y a su amante.

Podrá verse que, en la mayoría de estos versos, no es la esposa quien obedientemente cruza el Río Celeste para encontrar a su marido, sino que es el marido el que rema a través de la corriente hacia ella; y no hay ninguna referencia al Puente de las Aves. En lo que respecta a mis interpretaciones, espero que los lectores que sepan por experiencia sobre la dificultad de traducir versos japoneses sean indulgentes. El sistema de deletreo *romaji* que he seguido (excepto en uno o dos casos en donde consideré que era mejor indicar la distinción silábica antigua, después del método adoptado por Aston), y las palabras y frases que he tenido que agregar han sido encerradas en paréntesis.

*Amanogawa
Ai-muki tachite,
Waga koishi
Kimi kimasu nari
Himo-toki makena!*

[Ya viene, mi tan añorado señor, a quien he estado esperando aquí, en el banco del Río del Cielo... ¡El momento de aflojar mi faja se acerca!]

*Hisakata no⁵
Ama no kawase ni,
Fune ukete,
Koyoi ka kimi ga
Agari kimasan?*

[Sobre los Rápidos del Cielo Imperecedero, flotando en su bote mi señor llegará hasta mí, sin duda, en esta noche.]

*Kaze kumo wa
Futatsu no kishi ni
Kayoedomo,
Waga toho-tnuma no
Koto zo kayowanu!*

[Aunque el viento y las nubes en ambas orillas puedan ir y venir con libertad, entre mí y mi lejana esposa no circulará ningún mensaje.]

*Tsubute ni mo
Nage koshitsu-beki,
Amanogawa
Hedatereba ka mo,
Amata sube-naki!*

[Hasta la orilla opuesta podría fácilmente arrojar una piedra; sin embargo, al estar separada de él por el Río del Cielo, ¡Ay de mí! Esperar un encuentro (salvo en otoño) es inútil.]

*Aki-kaze no
Fukinishi hi yori
“Itsushika” to—;
Waga machi koishi
Kimi zo kimaseru.*

[Desde aquel día en que empezó a soplar el viento del otoño (me seguí diciendo a mí misma), “¡Ah! ¿Cuándo nos encontraremos? —pero ahora mi amado, por quien he esperado tanto, ¡por fin llegó!]

*Amanogawa
Ito kawa-nami wa
Tatanedomo,
Samurai gatashi —
Chikaki kono se wo.*

[Aunque las aguas del Río del Cielo no han crecido tanto, (cruzar) esta corriente cercana y esperar (a mi señor y amado) sigue siendo imposible.]

Sode furaba
Mi mo kawashitsu-beku
Chika-keredo,
Wataru sube nashi,
Aki nishi araneba.

[Aunque ella está tan cerca que las ondas de sus (largas) mangas pueden verse claramente, no hay modo alguno de cruzar la corriente hasta que llegue el otoño.]

Kageroi no
Honoka ni miete
Wakarenaba; —
Motonaya koin
Au-toki made wa!

[Cuando nos separamos, la vi sólo por un instante, —turbia como un mosquito en pleno vuelo—; ahora debo extrañarla como antes, ¡hasta el tiempo de nuestro siguiente encuentro!]

Hikoboshi no
Tsuma mukae-bune
Kogizurashi, —
Ama-no-Kawara ni
Kiri no tateru wa.

[Me parece que Hikoboshi debe de estar remando su bote para encontrar a su esposa -pues una niebla (esparcida por un remo) se alza sobre el curso de la Corriente Celestial.]

*Kasumi tatsu
Ama-no-Kawara ni,
Kimi matsu to, —
Ikayou hodo ni
Mono-suso nurenu.*

[Mientras esperaba a mi señor en la brumosa orilla del Río del Cielo, las faldas de mi manto se han humedecido.]

*Amanogawa,
Mi-tsu no nami oto
Sawagu-nari:
Waga matsu-kimi no
Funade-surashi mo.*

[En el Río del Cielo, en donde se halla el augusto embarcadero, el sonido del agua se ha intensificado: quizás mi esperado señor llegará pronto en su bote.]

*Amanogawa,
Yasu no watari ni,
Fune ukete; —
Waga tachi-matsu to
Imo ni tsuge koso.*

[En el embarcadero de Yasu, en el Río del Cielo, el bote está flotando: te ruego que le digas a mi hermanita⁶ que aquí la estaré esperando.]

*Yachinoko no
Kami no mi-yo yori
Tomoshi-zuma; —
Hito-shiri ni keru
Tsugiteshi omoeba.*

[Desde la augusta Era del Dios de las Ocho Mil Lanzas,⁷ ella ha sido mi esposa en secreto;⁸ pero ahora, debido a mi constante anhelo, nuestra relación ha sido revelada a los hombres.]

*Tō-zuma to
Tamakura kawashi
Netaru yo wa,
Tori-gane na naki
Akeba aku to mo!*

[En la noche que repose con mi (ahora) lejana esposa, cuando haya intercambiado las almohadas de joyas con ella,⁹ no permitas que cante el gallo, aunque deba llegar la mañana.]

*Yorozu-yo ni
Tazusawari ite
Ai mi-domo,
Omoi-sugu-beki
Koi naranaku ni.*

[Aunque por un millar de eras debiéramos permanecer de la mano y frente a frente, nuestro gran amor no podría acabarse. (¿Por qué entonces el Cielo creyó necesario separarnos?)]

*Shirakumo no
I-ho e kakurite
Tō-kedomo,
Yoi-sarazu min
Imo ga atari wa.*

[Aunque se halla lejos, y escondida de mis ojos por quinientas capas de blancas nubes, yo he de desviar mi mirada hacia el lugar que habita mi hermanita (esposa).]

*Hikoboshi to
Tanabata-tsume to
Koyoi au; -
Ama-no-Kawa to ni
Nami tatsu-na yume!*

[Hikoboshi y Tanabata tsume se encontrarán esta noche; -oh, olas del Río del Cielo, ¡asegúrense de no alzarse!]

*Amanogawa
Kawa 'to sayakeshi:
Hikoboshi no
Haya kogu fune no
Nami no sawagi ka?*

[En el Río del Cielo el sonido de un chapoteo se oye claramente: ¿serán las ondulaciones que produce Hikoboshi mientras rema en su bote?]

*Kaze fukite,
Kawa-nami tachinu; —
Hiki-fune ni
Watari mo kimase
Yo no fukenu ma ni.*

[Ahora que se alzó el viento, las olas del río han crecido;
-¡cruza esta noche en tu balsa, te lo ruego, antes de que sea tarde!]

*Tanabata no
Funanori surashi, —
Maso-kagami,
Kiyoki tsuki-yo ni
Kumo tachi-wataru.*

[Me parece que Tanabata debe venir en su bote, pues una nube atraviesa el rostro claro de la luna.¹⁰]

¡Y dicen que los poetas japoneses de antaño no eran capaces de encontrar la belleza en el cielo estrellado!

Quizás la leyenda de Tanabata, tal y como la entendieron estos viejos poetas, resuena apenas en las mentes occidentales. Sin embargo, en el silencio de las noches transparentes, antes de que se alce la luna llena, el encanto de este viejo relato a veces desciende sobre mí desde el cielo luminiscente —para hacerme olvidar los monstruosos hechos de la ciencia, y el estupendo horror del espacio—. Entonces dejo de pensar en la Vía Láctea como el horrible Anillo del Cosmos, cuyos cientos de millones de soles son incapaces de iluminar el Abismo, como lo logra el propio Amanogawa, el Río Celeste. Veo el estremecimiento de su corriente luminosa, y las ne-

blinas que flotan a lo largo de su vera, y los pastos acuáticos que se doblan ante los vientos de otoño. Veo a la blanca Orihime en su telar estrellado, y veo al Buey que paca en la lejana orilla; y ahora sé que el rocío que descende nace de los remos del Pastor. Y el cielo se ve cercano y cálido y humano, y el silencio a mi alrededor está lleno con el sueño de un amor inmutable, inmortal, por siempre paciente y por siempre joven, y por siempre insatisfecho debido a la paternal sabiduría de los dioses.

NOTAS

Todas las notas al pie son del autor, a menos que se indique lo contrario.

¹ *Asagao* (lit. “rostro de la mañana”) es el nombre japonés por la hermosa planta que llamamos normalmente “dondiego”.

² ¡Oh, Tanabata! Si te apresuras demasiado, ¡vas a tropezarte!

³ *Pueraria Thunbergiana*.

⁴ Por cuestiones de espacio, he realizado una selección de veinte *tanka* para esta edición. En el original, Lafcadio Hearn tradujo cuarenta. (N. del T.)

⁵ *Hisakata-no* es una “palabra de almohada”, usada por los viejos poetas para relacionar los objetos celestiales; usualmente es difícil traducirla. Aston piensa que el significado literal de *hisakata* es “larga dureza” en el sentido de una larga resistencia, —*hisa* (largo), *katai* (duro o firme)— de manera que *hisakata-no* significaría “firmamental”. Los comentaristas japoneses, sin embargo, dicen que el término se compone de tres palabras, *hi* (sol), *sasu* (brillo), y *kata* (lado); esta etimología haría que el significado de *hisakata-no* fuera “que irradia luz” o que “provee luminiscencia”.

⁶ Es decir, “esposa”. En el japonés antiguo, la palabra *imo* significaba tanto “esposa” como “hermana menor”. El término también podía entenderse como “amada” o “cariño”.

⁷ *Yachihoko-no-Kami*, quien tiene muchos otros nombres, es el Gran Dios de Izumo, y se le conoce comúnmente por su apelativo *Oho-kuni-nushi-no-Kami*, o la “Deidad Maestra de la Gran Tierra”. Se le reconoce localmente como el dios del matrimonio, y es quizás por esto que el poeta se refiere a él.

⁸ O “mi poco visitada esposa”. La palabra *tsuma*, en japonés antiguo, significaba tanto esposa como esposo, y por eso este poema puede entenderse como la expresión de los pensamientos de cualquiera de los dos.

⁹ “Intercambiar las almohadas de joyas” significaba usar los brazos del otro como almohadas. Esta frase poética se usaba con frecuencia en la literatura japonesa de antaño. La palabra para joya, *tama*, suele aparecer en composiciones como un equivalente de “preciosa”, “querida”, etcétera.

¹⁰ Compuesto por el famoso poeta Ōtomo no Sukune Yakamochi, mientras contemplaba la Vía Láctea, en la séptima noche del séptimo mes en el décimo año de Tampyō (A.D. 738). La palabra de almohada empleada en la tercera línea (*maso-kagami*) es intraducible.



El romance de la Vía Láctea, traducido por Hiram Ruvalcaba,
se terminó de imprimir en agosto de 2018 en Impresos y
encuadernaciones Sigar.
Calz. de Tlalpan 1702, Ciudad de México.